

# Del sentimiento trágico

José María Ruano de la Haza

de Calderón

La tragedia de los héroes griegos es la tragedia de lo cósmico, de lo desconocido, de lo misterioso. Pues, ¿qué era el hado si no la concreción de la malignidad del universo? Edipo declara en Colono que su vida "era inocente de cualquier culpa secreta que pudiera explicar el castigo recibido por este error". El Edipo de Sófocles acepta "este error", pero se sabe inocente de "cualquier culpa", culpa que, sin embargo, ha de existir, pues, sin culpa, el castigo no sería castigo. Pero si la culpa es secreta, es decir, si él, el transgresor, el criminal, la desconoce, entonces no puede haberla cometido intencionalmente, y sin intención no hay crimen; sólo hay accidente... La cita nos conduce a contemplar las profundidades de ese enigmático universo en el que existen los personajes trágicos y nos recuerda la famosa conclusión de Segismundo de que "el mayor delito del hombre es haber nacido". Como Edipo, Segismundo sabe que ha de haber un delito,

una culpa, pues sin delito previo no puede haber castigo.

La excepción que confirma esta regla la encontramos en el mundo de Kafka. Josef K. concluye que alguien ha debido de estar contando mentiras sobre él, ya que lo han arrestado sin haber cometido delito alguno. K. se sabe inocente, pero es consciente de que la sociedad en que vive no establece necesariamente una conexión entre culpa y castigo.

Como Edipo, como K., Segismundo ignora su culpa y conoce el castigo, pero él desea saber la causa: "Apurar, cielos, pretendo, / ya que me tratáis así, / ¿qué delito cometí / contra vosotros naciendo?". En ese preciso momento, al comienzo del drama, el príncipe heredero de Polonia se convierte en un nuevo Edipo y anuncia al protagonista de Kafka. Lo que diferencia entre sí a estos personajes es que el de Calderón se hace esta pregunta al comienzo de la pieza, el de Sófocles al final y el de Kafka no llega a plantársela.

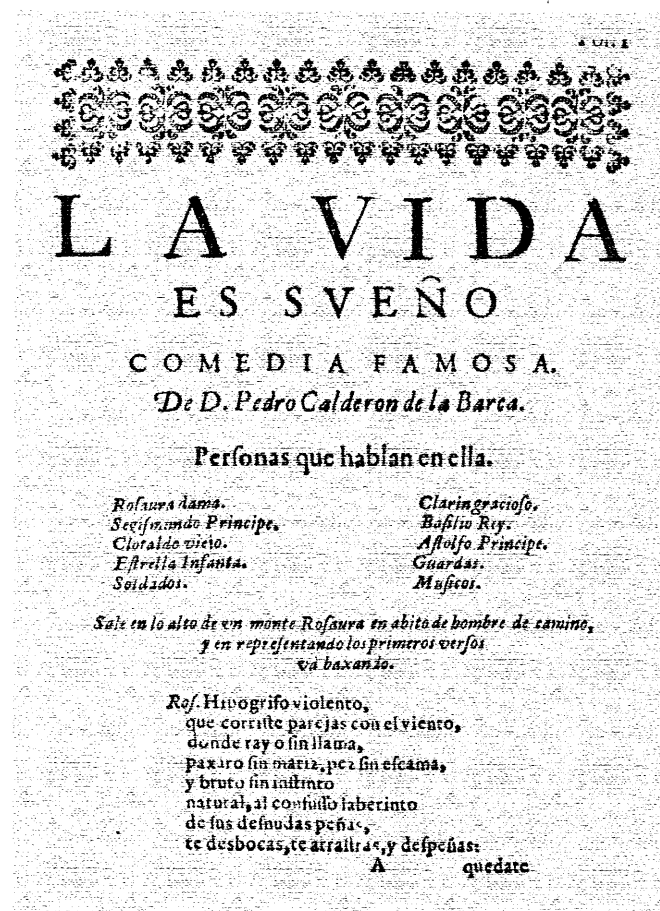
El Siglo que viene. Revista de Cultura.  
Sevilla, junio de 2000  
números 41-42  
Especial Calderón de la Barca  
Coordinación MERCEDES DE LOS REYES PEÑA

Y de los tres, Segismundo es el único que descubre la causa de su castigo, que no es otra que el miedo de un padre a ser sustituido por su hijo,<sup>1</sup> un miedo humano, no divino; el comprensible miedo de un hombre, no el incomprensible miedo de los dioses. Edipo aceptará al final su sufrimiento, pero nunca comprenderá por qué o por culpa de quién ha sufrido. K. muere, "como un perro", sin saber, sin conocer, sin comprender la causa de su proceso. El castigo de Segismundo fue decretado por un ser humano y es, por tanto, susceptible de enmienda; el de Edipo no tiene enmienda porque procede de una voluntad que reside allende los confines de la experiencia humana; el de K. emana de la anónima burocracia estatal y no se sabe si puede ser enmendado.

El verdadero sentimiento trágico —aseveran algunos críticos— surge cuando el espectador contempla cómo el capricho de lo inhumano se ceba en un ser humano.<sup>2</sup> Pero lo inhumano, que posee características cósmicas en el teatro griego y adquiere forma absurda en la novela de Kafka, no tiene cabida en una sociedad cristiana. El espectador cristiano, el de Calderón, ha por fuerza de concluir que el sufrimiento humano tiene por origen un delito humano, aunque éste hubiese sido cometido en los albores del tiempo. El espectador cristiano cree en la necesaria y eficiente continuidad entre causa y efecto, entre delito y castigo. El lector de Kafka ve el efecto pero no la causa. El espectador griego percibe un abismo irónico entre causa y efecto.<sup>3</sup>

¿No existe, pues, un verdadero héroe trágico en el drama calderoniano? ¿Es imposible la tragedia cristiana? A primera

vista, así parece que ha de ser; pues si no dudamos del cristianismo de Calderón, habremos de suponer que sus héroes llegan al final a la inevitable conclusión de que todo castigo, incluso el aparentemente inmerecido, es justo y razonable, pues ha sido o decretado o permitido por Dios: "¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos" (Rom. 11:33). En potencia, los únicos personajes trágicos calderonianos son los que desconocen el



La vida es sueño (Primera parte de comedias de Don Pedro Calderón de la Barca, Madrid, Viuda de Juan Sánchez, 1640 [Edición princeps: 1636]).

<sup>1</sup> Como ha demostrado Francisco Ruiz Ramón en un brillante artículo: "El mito de Uranos en La vida es sueño", Teatro del Siglo de Oro. Homenaje a Alberto Navarro, Kassel, Reichenberger, 1990, pp. 547-62.

<sup>2</sup> Como señala George Steiner en su *The Death of Tragedy*, Londres, Faber and Faber, 1961, p. 5.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 7.

Dios cristiano; es decir, paganos como el rey Egerio de *El Purgatorio de San Patricio*, que declara:

*Aquí no sabemos más  
que nacer y morir. Ésta  
es la doctrina heredada  
en la natural escuela  
de nuestros padres.* (w. 1661-64)

No es sorprendente que, con esta filosofía, el mundo en que vive y la misma vida humana sean para Egerio un contrasentido, una pesadilla de muerte, horror e incompreensión:

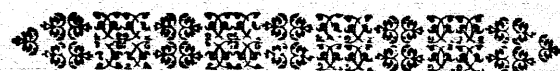
*... yo mismo a mí mismo me hago guerra  
cuando, en brazos del sueño,  
vivo cadáver soy porque él es dueño  
de mi vida...* (w. 18-21)

¿Excluye, pues, el conocimiento del Dios cristiano la posibilidad de la tragedia? Así lo cree I. A. Richards, cuando declara en sus *Principios de crítica literaria* (1924) que la tragedia sólo es posible en una mente agnóstica o maniquea, pues el sentimiento trágico procede del repentino descubrimiento por parte del personaje (y del espectador) de la básica injusticia de la existencia humana. En una tragedia, el sufrimiento humano carece de lógica, no porque no tenga a veces una posible causa, sino porque esa causa nunca puede justificarlo. La verdadera tragedia, se nos asegura, surge de ese desequilibrio entre causa y efecto, delito y castigo, responsabilidad y padecimiento. Pero si creemos en la existencia de un Dios justo que, aquí o en el otro mundo, castiga a los malos y premia a los buenos, entonces, en lugar

de desequilibrio, tendremos justicia, proporción, conmensurabilidad.

Pero, ¿y si un dramaturgo creara personajes que, en teoría, creen en el Dios cristiano pero que, en la práctica, viven como si no existiera? ¿Y si un dramaturgo construyera personajes que, aun conociendo ese ordenado y armonioso universo cristiano, fueran incapaces de abarcarlo con su limitada inteligencia? Ese dramaturgo crearía un nuevo tipo de tragedia: la tragedia del cristiano que aprende y no comprende, que sabe y desconoce al mismo tiempo. Ese dramaturgo es, en mi opinión, don Pedro Calderón de la Barca.

La tragedia calderoniana es, en efecto, la tragedia de la limitación intelectual. Los héroes trágicos de Calderón se encuentran encerrados, no en el laberinto de la ignorancia (porque en teoría conocen la verdad), sino en la prisión de la incompreensión. Esa verdad, eterna, tre-



## DEL MEDICO DE SU HONRA.

COMEDIA FAMOSA,

De don Pedro Calderon de la Barca.

Personas que hablan en ella.

Don Gutierrez.  
Rey Don Pedro.  
Infante Don Enrique.  
Don Arias.  
Don Diego.

Doña Mencía de Acuña.  
Leonor.  
Una criada.  
Inseritada.

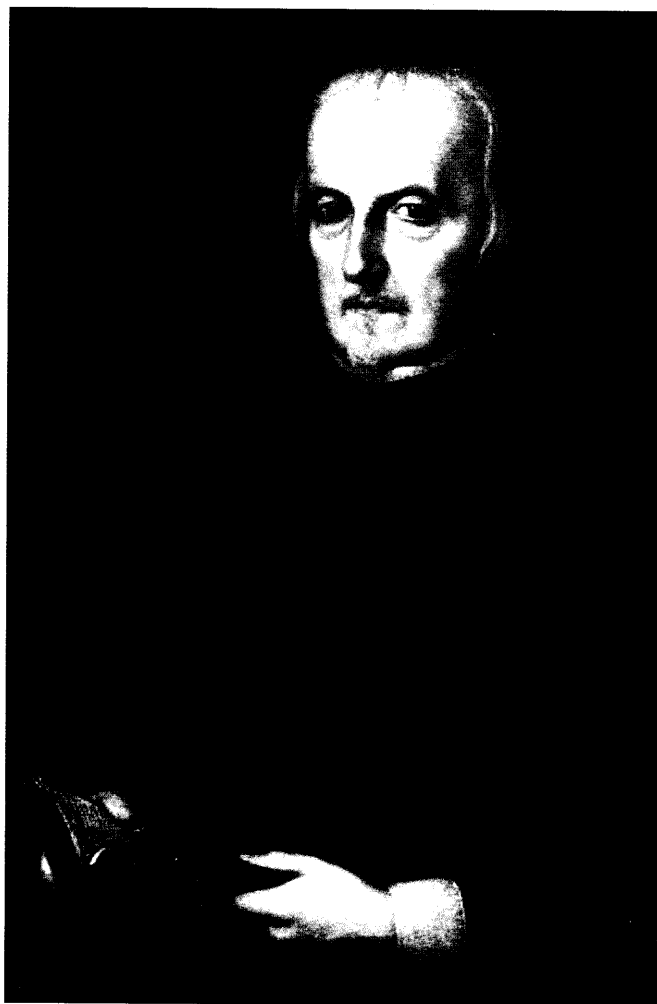
Suma ruido de casa, y sale cayendo el Infante don Enrique, y don Arias, y don Diego y algo detrás el Rey don Pedro, todas de camino.

Enr. ¡Jesús mil veces! D. A. El cielo te valga. Rey. ¿fue? D. A. Cayó el caballo, y arrojó desde él al Infante al suelo.  
Rey. Si las torres de Sevilla saluda de esa manera, nunca a Sevilla viniera, nunca dexara a Castilla Enrique hermano.  
D. D. Señor. Rey. No buelue? D. A. A vn tiempo ha perdido, guiso, color, y sentido,

que defdicha! D. D. Que dolor! Rey. Llegad a esta quinta bella, que está del camino al paffo don Arias a ver si a cafo regozijo vn poco en ella, cobra salud el Infante, todos os quedad aqui, y dadme vn cavallo a mí, que he de paffar adelante, que aunq este horror y mançilla, mi Remora podo fer, no me quiero detener,

hafa

menda, total, que les enseña su religión, se les asemeja tan inabarcable que no tienen más remedio, para poder continuar viviendo, que crear y creer en otros códigos, otras verdades, más limitadas, y, por tanto, más humanamente lógicas y asequibles, que las infinitamente complejas de la teología cristiana. Es mucho más fácil para ellos seguir los cauces estrechos y derechos en que han sido encajonados por otros seres humanos con el objetivo de crear la ilusión de progreso, de orden, de destino, que navegar en el océano sin límites de la divinidad. Los héroes trágicos calderonianos son trágicos porque se empeñan en seguir por estos cauces, porque no cuestionan la validez de esos códigos sociales del honor, del duelo, de la falsa dignidad humana. Con la vista fija en el cercano suelo, no se atreven a mirar el lejano cielo. El código del honor no es para ellos solamente ley de venganza y duelo sino también prontuario de conducta y comportamiento. No se trata de un código que aplican solamente a situaciones límite, de transgresión, sino que marca la pauta de su conducta cotidiana. Su rígida adherencia a ese código del honor es muestra de su ignorancia, de su limitación intelectual, de su pobreza epistemológica. Incapaces de concebir lo infinito, se contentan con poseer lo finito mundano, mezquino y cruel. "¿Qué injusta ley condena / que muera el inocente, que padezca?", se pregunta don Gutierre de Solís en *El médico de su honra*; "¿Cómo bárbaro consiente / el mundo este infame rito? / Donde no hay culpa ¿hay delito?", exclama sorprendido don Juan Roca en *El pintor de su deshonra*; "¿En qué tribunal se ha visto / condenar al inocente? /



¿Sentencias hay sin delito? / ¿Informaciones sin cargo? / ¿Y sin culpas hay castigo? / ¡Oh locas leyes del mundo!", concluye don Lope de Almeida en *A secreto agravio, secreta venganza*.

Los héroes trágicos griegos elevan los ojos al cielo y, aunque lo encuentran irónicamente indiferente al sufrimiento humano, reconocen su existencia, su realidad infinita y sobrecogedora. Los héroes trágicos calderonianos se encuentran mu-



Casa natal de Pedro Calderón de la Barca (Sevilla, Fototeca Municipal. Archivo Basabe, 513).

cho más cercanos a nosotros, pues representan la trágica ceguera del vivir cotidiano. Como nosotros, ellos aluden al cielo y se quejan de él, pero no lo ven. Caminan, como nosotros, apoyándose en los pequeños soportes emocionales y sociales de la aprobación pública, del qué dirán: sienten pavor de lo conocido. Son grandiosos y admirables solamente en su colosal nimiedad, en su inmensa pequeñez, en su rígida adhesión a la lógica humana de los códigos de conducta. No existe tragedia en la historia de la literatura occidental más lógicamente ilógica que la calderoniana, ni más razonablemente irrazonable que la suya.

La tragedia calderoniana no es, como afirmaba Alexander Parker, la tragedia de la responsabilidad humana, de la insolidaridad, de la responsabilidad comparti-

da. Es más bien la tragedia de unos seres humanos que, hallándose en una situación límite, olvidan o ignoran que existe otro camino, angosto y lleno de espinas, pero verdaderamente ennobecedor: "el honor / es patrimonio del alma / y el alma sólo es de Dios", les recuerda Pedro Crespo. Pero ellos, apropiándose de un atributo —la venganza— que sólo pertenece a Dios (Rom. 12:19), eligen la senda de la falsa religión del honor y se encuentran existiendo en un mundo cruel e ilógico, encerrados en una prisión, perdidos en un laberinto, meros actores en el gran teatro del mundo. Orgullosos de sus acciones, su sufrimiento ha sido en vano, pues carece de sentido; satisfechos de su conducta, son figuras lastimosas cuando hubieran podido convertirse en santos del honor de Dios. En ese desperdicio de cualidades heroicas, en ese malgastar tanto sufrimiento, más que en el rigor de un inexistente hado, reside la naturaleza trágica de estos personajes. A través de ellos, Calderón lleva a su público a preguntarse: ¿Por qué son estos seres humanos incapaces de seguir, aun conociéndolo, el camino que conduce a la auténtica nobleza del alma? ¿Por qué les es tan difícil trascender el mundo que les rodea, rebelarse contra la diaria injusticia de la sociedad en que viven? ¿Por qué aceptan incondicionalmente la necesidad de tanto dolor, de tanta sangre derramada en vano? ¿Por qué son estos hombres, valientes e inteligentes en muchos aspectos, cobardes, injustos, crueles e ignorantes en otros? Los héroes trágicos de Calderón son así paradojas vivientes, universales y eternas de la condición humana. ☐